

Comentarios Generales

Sobre la Primera Lectura (Mal 1, 14-2, 2. 8-12)

Malaquías denuncia los graves pecados que sacerdotes y pueblo cometen contra la Alianza:

— Los sacerdotes dan muestras de no reverenciar la majestad ni la santidad de Dios. Inmolan para Dios víctimas de desecho (14). El culto exterior debe expresar los sentimientos interiores. El Sacerdocio Levítico tuvo sus épocas de fe y fidelidad religiosa. Ejercía el culto con tal fidelidad a la Alianza que honraba a Dios y edificaba al pueblo (6). Y el Profeta aprovecha esta oportunidad para definir el ideal del sacerdote: «Porque los labios del sacerdote guardan la ciencia y en su boca se busca la Ley; porque es el mensajero de Dios» (7).

— En este contexto hallamos la previsión misteriosa del Profeta. En la Era Mesianica va a tener Dios un culto digno: «Pues desde donde sale el sol hasta donde se pone grande es mi Nombre entre las naciones; y en todo lugar se hace quemar el sacrificio y se ofrece a mi Nombre una oblación pura» (11). Ni el Templo de Jerusalén ni menos los templos paganos podían ofrecer este culto a Dios. En el culto de la Nueva Alianza, el de Cristo Sacerdote y Víctima, tenemos la oblación grata a Dios. Cesará el culto levítico (8); pero el culto de la Nueva Alianza será eterno.

— Otro gravísimo pecado contra la Alianza es el que se comete en Israel: El divorcio. En el pueblo de la Alianza Dios es testigo y garante del vínculo matrimonial (10. 15). Malaquías con esta rica iluminación, prepara el terreno para que Cristo promulgue las líneas definitivas de la santidad e indisolubilidad matrimonial (Mt 5,31; 19, 3-9).

Sobre la Segunda Lectura (1 Tes 2, 7-9. 13)

Pablo abre su corazón a sus neófitos de Tesalónica. De él conocemos más al gran teólogo que al tierno y exquisito padre. No desperdiciemos esta hermosa página autobiográfica:

— Podía, dice, presentarme ante vosotros con autoridad. Elegido por el Señor Jesús al apostolado tenía los derechos y poderes de los Doce. Pablo ejerce el apostolado como un servicio, con entrega y bondad de corazón, al estilo del Maestro. Los neófitos son para él hijos. Los ama y los cuida con amor maternal: «Como la nodriza que calienta en su regazo a sus hijos» (7).

— Y no es puro amor de palabras y sentimientos. Para no ser gravoso a sus neófitos se ha impuesto ganarse el sustento con el trabajo de sus manos. Y está dispuesto a dar por ellos la propia vida (9-10). Comentará el Santo de Ávila exhortando a los sacerdotes, padres espirituales de las almas: «No

tanto han de ser hijos de voz cuanto hijos de lágrimas. Y muy necesario es que quien a este oficio se ciñe que tenga este amor; porque así como los trabajos de criar los hijos no se podrían llevar como se deben llevar sino de corazón de padre o madre, así tampoco los sinsabores, peligros y cargas de esta crianza no se podrían llevar si este espíritu faltase (BAC. OC I-p 260). Y al padre Granada le escribe: «A peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos a los que son verdaderos padres» (BAC-313-p 20).

— A padre tan digno cumplen hijos igualmente nobles. Pablo está orgulloso de ellos. Alaba en ellos dos virtudes o actitudes con que los Tesalonicenses han correspondido a los desvelos de su Apóstol: Primeramente han recibido de labios de Pablo la Palabra de su predicación no cual palabra humana, sino tal cual verdaderamente es, como Palabra divina (13 a). Se han mostrado dóciles y abiertos a la fe, sencillos y humildes. En segundo lugar, no se han contentado con oír. Han llevado a la práctica las enseñanzas de la fe. La de los Tesalonicenses se ha traducido en una vida auténticamente cristiana. Ojalá quienes oyen hoy el mensaje del Evangelio presentaran su corazón dócil al Espíritu Santo y lo hicieran fructificar inmediatamente en frutos de santidad. Un larvado racionalismo nos cierra a la Palabra de Dios. Y el desmedido apego a nuestras categorías mentales y a nuestro comodismo la impide fructificar, la esteriliza.

Sobre el Evangelio (Mt 23, 1-12)

Es una durísima diatriba contra los vicios de los dirigentes espirituales de Israel:

— Dado que el espíritu del Evangelio, el espíritu de las Bienaventuranzas, supone una victoria sobre todos los instintos y pasiones, corremos siempre el peligro de deformar aquel espíritu con sutiles adaptaciones. El fariseísmo es un peligro constante. Asido como un parásito a toda persona y a todo grupo de personas con afán de santidad, se nutre con su jugo.

— Cristo denuncia y desenmascara de entre los vicios farisaicos los siguientes: La incongruencia o divorcio entre lo que enseñan y lo que practican (3), la dureza y egoísmo (4), la vanidad y exhibición en la práctica de la virtud (5), la ambición de honores (6). Las «filacterias» eran unas tiras de cuero en las que, tomando a la letra Ex 13, 9-16, escribían pasajes de la Ley y los llevaban sobre la frente o sobre el brazo. Las de los Fariseos eran más solemnes y llamativas (5). En todo buscan más la apariencia que la autenticidad, el honor que el servicio.

Los dirigentes de la Iglesia podrían caer en los vicios farisaicos. A ellos mira el Evangelista. Un afán de títulos (Abba, Maestro, Guía), una competición de primacías, dañaría a la Iglesia.

— Las consignas que Jesús propone a sus seguidores son ajenas y aun contrarias a todo fariseísmo. En la escuela de Jesús se exige y se valorizan: en las relaciones con Dios, la verdad, la autenticidad y la humildad; en las

relaciones con el prójimo, la sencillez, el servicio, la abnegación. El mayor debe ser el servidor de todos (11). La autoridad en la Iglesia es un servicio y no un honor. Todo auténtico seguidor de Cristo debe hacerse servidor de todos hasta la inmolación total. La Eucaristía es amor de Cristo y es inmolación de Cristo. Vivimos la Eucaristía si fructificamos amor, servicio, inmolación.

*Aviso: El material que presentamos está tomado de José Ma. Solé Roma (O.M.F.), *'Ministros de la Palabra'*, ciclo 'A', Herder, Barcelona 1979.